

Un huerto en medio del asfalto

EL CULTIVO de la huerta es cosa noble y ancestral. Hoy día ha decrecido la gente que practica la agricultura en pequeñas parcelas como modo de ganarse la vida. Menos aún son quienes lo hacen por pasatiempo, como una vía de contacto con la

BULEVAR

LÁZARO
COVADLO



naturaleza y la tierra que nos nutre y de cuya materia, dice el Génesis, Dios hizo al ser humano. Sin embargo todavía hay quienes buscan en el cultivo de las hortalizas una fuente de salud y bienestar espiritual. No es menester ir demasiado lejos para encontrarlos; en el mismo centro de Barcelona, en el barrio de Sant Pere, justamente en ese espacio conocido como El Forat de la Vergonya, entre edificios de-

gradados que albergan proletarios vernáculos y extranjeros, y familias de toda la vida, despunta un trozo de tierra libre de asfalto en el que, según la época del año, crecen los tomates, que son una fuente inagotable de propiedades curativas, sobre todo para retardar el envejecimiento y prevenir mogollón de enfermedades; o las judías verdes, con todo ese calcio, hierro, yodo, y casi medio abecedario en vitaminas; o las coles y repollos tan indicadas contra la artritis, el reuma y la prevención de la hipertensión.

El huerto, el huerto, si hasta la seducción se asocia con esos espacios repletos de sublimes vegetales: todavía hay quienes recitan *La casada infiel*, de **García Lorca**, y en lugar de «yo me la llevé al río» pronuncian «yo me la llevé al huerto». Y conste que lo de cuidar una huerta hasta puede ser cosa de intelectuales, como es el caso de **Olga Martínez** y **Paco Robles**, editores de Candaya y profesores de Lengua, quienes en su predio de Les Gunyoles cultivan,

además de la buena literatura, infinidad de hortalizas. Por cierto, nadie sabe de dónde sacan tiempo para tantas cosas. Yo comí buenos frutos de esa huerta, tanto los vegetales como los literarios.

Pero volvamos al Forat de la Vergonya, a ese parque creado por los vecinos, y a ese huerto que si no es del Edén al menos está lejos de la maldad especulativa del más feroz de los capitalismo; un espacio público que surgió como consecuencia de los derribos salvajes relacionados con la aplicación de un plan absurdo destinado a cambiar el sector la Ciutat Vella, con el que el Ayuntamiento pudo justificar expropiaciones ilegales y derribos masivos para hacer la ciudad pija del ocio y el turismo de lujo.

Años atrás, con el auxilio de los antidisturbios de la Guardia Urbana, hubo un intento de arrancar las tomateras y acabar con el edén de Ciutat Vella. La operación fracasó gracias a la resistencia de los vecinos. Crucemos los dedos.